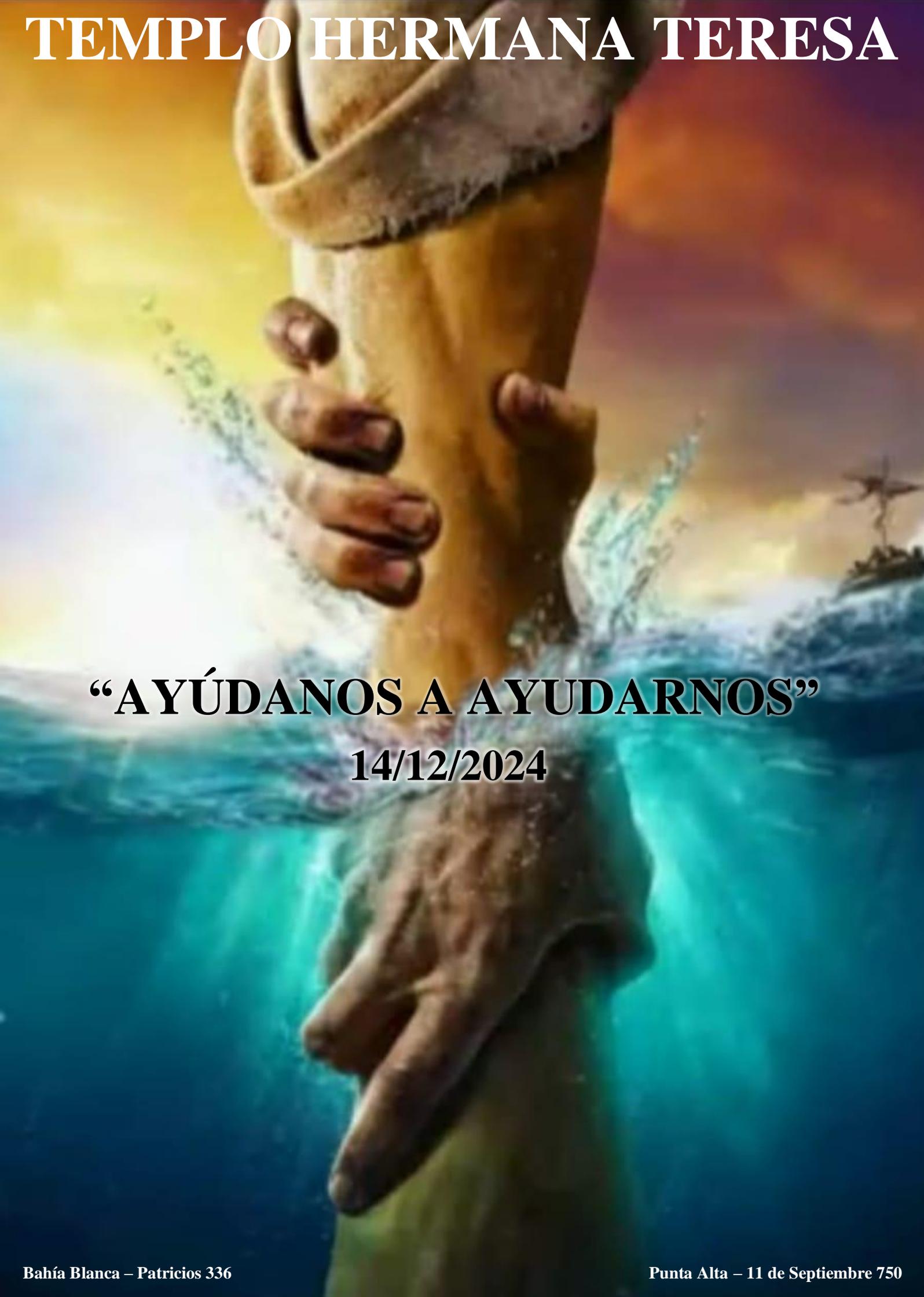


TEMPLO HERMANA TERESA



“AYÚDANOS A AYUDARNOS”

14/12/2024

“Ayúdanos a ayudarnos”

Queridos hermanos y hermanas

En esta Ceremonia de Manto queremos compartir con ustedes una reflexión que surge de una frase que Carlos nos compartió y que dice:

“Todos y entre todos nos podemos ayudar. Porque todos de alguna forma u otra, siempre necesitamos de alguien.”

En la vida, nadie transita el camino en soledad absoluta. Desde el momento en que llegamos a este mundo, necesitamos del abrazo cálido de quienes nos reciben, del cuidado amoroso de quienes nos alimentan y protegen. A lo largo de nuestra existencia, esa red de interacciones humanas se convierte en un pilar esencial. La frase “Todos y entre todos nos podemos ayudar” no solo es un recordatorio de nuestra interdependencia, sino una invitación a construir un mundo donde la solidaridad y el apoyo mutuo sean la base de nuestras relaciones.

En el transcurso de la vida, nos enfrentamos a situaciones que nos desafían, nos quiebran o nos empujan hacia terrenos desconocidos. Es en esos momentos cuando más se hace evidente la importancia del “otro”. Alguien que escuche, que extienda su mano o simplemente que nos acompañe. Así como un árbol que crece más fuerte cuando está rodeado de otros que

lo protegen del viento, los seres humanos florecemos mejor cuando nos apoyamos mutuamente.

Pero no se trata solo de recibir. Ayudar a otros también nos transforma. La empatía y el acto desinteresado de ofrecer algo de nosotros mismos generan un círculo virtuoso. En el dar encontramos propósito; en el recibir, humildad.

Pensemos, por ejemplo, en algo tan sencillo como cruzar una calle. Quizás un anciano necesita que alguien lo ayude a llegar al otro lado. Tal vez, una madre con un cochecito requiere de alguien que sostenga la puerta. Estos gestos, aunque pequeños, son recordatorios de que estamos unidos por un lazo invisible, una red de ayuda mutua que, aunque a veces pasa desapercibida, es esencial.

Permítannos compartir una historia que ilustra esta reflexión:

En un pequeño pueblo rodeado de montañas vivía Clara, una mujer conocida por su carácter amable y su disposición a ayudar a cualquiera que lo necesite. Clara no tenía una vida fácil: su esposo había fallecido joven y su único hijo trabajaba lejos. Sin embargo, era común verla recogiendo leña para un vecino enfermo o cuidando a los niños de la vecina que trabajaba en el mercado.

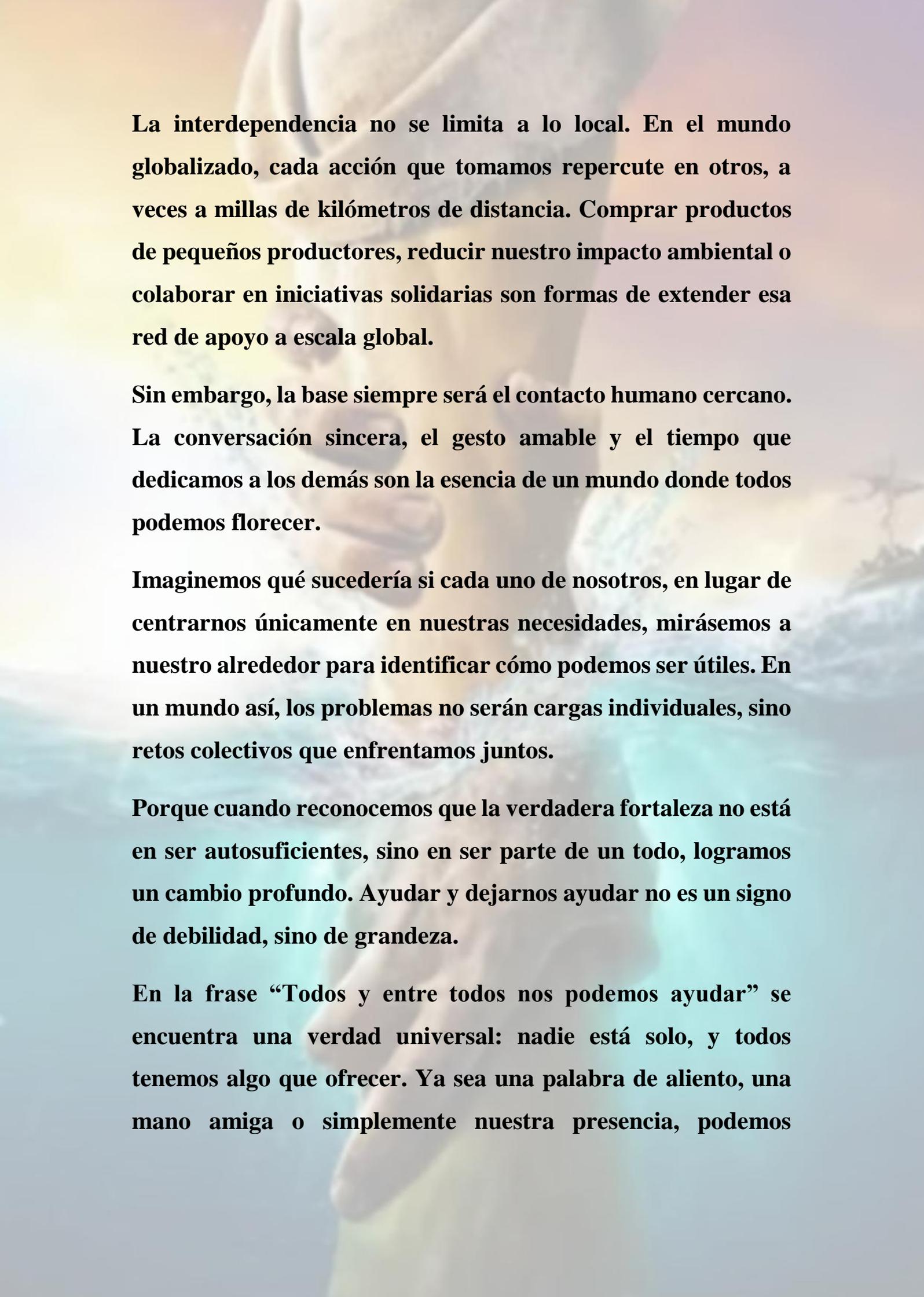
Un invierno particularmente crudo que golpea al pueblo. Las nevadas bloquean los caminos, dejando a los habitantes

aislados. Sin electricidad y con pocos recursos, las familias comenzaron a preocuparse. Clara, pese a su fuerza y edad limitadas, decidió visitar a cada vecino para asegurarse de que tuvieran lo básico: comida, mantas y leña.

En uno de esos días, Clara resbaló en el hielo y se lastimó gravemente una pierna. La noticia corrió rápidamente. Aquella mujer, que siempre había sido el sostén de muchos, ahora necesitaba ayuda. Fue entonces cuando ocurrió algo hermoso: los vecinos, recordando las incontables veces que Clara había estado allí para ellos, se unieron para cuidarla. Cada día alguien se encargaba de traerle comida, otros mantenían su casa cálida, e incluso los niños del pueblo se turnaban para hacerle compañía.

Lo que comenzó como una tragedia se transformó en un poderoso recordatorio: todos necesitamos de alguien, y cuando ayudamos desinteresadamente, sembramos en los demás la semilla de la reciprocidad.

Esta historia de Clara y sus vecinos ilustra cómo la ayuda mutua puede transformar las comunidades. Cuando todos entendemos que nadie está exento de necesitar apoyo, creamos sociedades más compasivas y resilientes. Ayudarnos entre todos no solo es una necesidad humana; es un principio que puede cambiar el rumbo de nuestras vidas.



La interdependencia no se limita a lo local. En el mundo globalizado, cada acción que tomamos repercute en otros, a veces a millas de kilómetros de distancia. Comprar productos de pequeños productores, reducir nuestro impacto ambiental o colaborar en iniciativas solidarias son formas de extender esa red de apoyo a escala global.

Sin embargo, la base siempre será el contacto humano cercano. La conversación sincera, el gesto amable y el tiempo que dedicamos a los demás son la esencia de un mundo donde todos podemos florecer.

Imaginemos qué sucedería si cada uno de nosotros, en lugar de centrarnos únicamente en nuestras necesidades, mirásemos a nuestro alrededor para identificar cómo podemos ser útiles. En un mundo así, los problemas no serán cargas individuales, sino retos colectivos que enfrentamos juntos.

Porque cuando reconocemos que la verdadera fortaleza no está en ser autosuficientes, sino en ser parte de un todo, logramos un cambio profundo. Ayudar y dejarnos ayudar no es un signo de debilidad, sino de grandeza.

En la frase “Todos y entre todos nos podemos ayudar” se encuentra una verdad universal: nadie está solo, y todos tenemos algo que ofrecer. Ya sea una palabra de aliento, una mano amiga o simplemente nuestra presencia, podemos

marcar la diferencia en la vida de los demás. Y al hacerlo, descubrimos que también estamos transformando la nuestra.

La Hermana Teresa nos dice hoy: Recuerden siempre: ayudarse entre todos no solo los conecta, sino que los hace más humanos y sus almas más iluminadas.

Así como la historia de Clara y sus vecinos nos enseñan, cuando damos sin esperar nada a cambio, sembramos en los demás la capacidad de dar. Y en esa cadena infinita de apoyo mutuo, encontramos el verdadero sentido de la vida.

Esta existencia no deja ser un puente de pruebas que, para poder atravesarlo, siempre Dios, pondrá un brazo extendido de alguien, para poder atravesar ese puente.

Ayúdanos a ayudarte, ayúdanos a ayudar, son nuestros dos mensajes más profundos para alcanzar la sanación tanto del alma como de la materia. También para tender una mano y alcanzar un pedazo de pan a un hermano o hermana desnutridos por la triste realidad de este mundo.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.